**La cita**

 La viejecita estaba sentada en un banco y esperaba. Tenía una cita muy importante, pero nadie aparecía. Se había sentado con angustia, se sentía tensa, pero también con ganas de luchar.

- ¡No me voy rendir tan fácilmente - pensaba ella - no voy a vender barato mi piel! - Pero como nadie venía, poco a poco, su miedo se convertía en rabia. Ya le dolía la espalda de estar tanto tiempo sentada. La madera del banco era dura e incómoda.

- ¡Pero que se cree ésta! - murmuraba por lo bajo y juraba cantarle las cuarenta. Seguía sola en su banco, sin nadie a quien dirigirse y, paulatinamente, también la rabia se esfumaba en la larga espera. Desde el banco en la cima de una suave colina se podía apreciar todo el valle. Ya más calmada, la anciana contemplaba su alrededor. Había sido una caminata muy fatigosa para llegar hasta aquí. El camino había sido agreste y pedregoso. Pero ella nunca se había parado. Siempre había sido fuerte y valiente, nunca había mirado atrás, siempre adelante. Apenas había mirado la ciudad que se encontraba al pie de la colina. Ahora, desde el banco donde estaba sentada, la veía como si la viera por primera vez. Conocía todos sus rincones, había vivida toda la vida en ella y ya no le quedaba nada más por descubrir. Ninguna calle, ninguna casa y tampoco el río despertaban ya algún interés en ella.

- ¿Por qué no venía quien ella esperaba? - Se empezaba a aburrir y el aburrimiento era el peor de los sentimientos, era peor que el miedo o la rabia: solo creaba vacío. El frío penetraba su cuerpo. Se desesperaba. No obstante, no dudaba ni un solo instante que, quien ella estaba esperando con tanta impaciencia, acudiría a la cita sin falta. Era su única certeza. No sabía lo que iba a pasar pero cada vez le importaba menos. La llamó por su nombre, primero con gritos aislados sin voz, después de forma más rítmica y más alto. Parecía que murmuraba cántigas de magia antigua. Su propia letanía la relajaba y cuando casi quedó adormentada, de repente se percataba de una presencia.

- ¿Ya estás aquí tiempo? - preguntó pasmada.

- Hace un buen rato - fue la contestación afable.

- ¿Te estuve esperando tanto tiempo para que ahora me sorprendas?- se maravilló la anciana. - ¿Por qué no has venido antes? - le reprochó - la espera se me hizo tan larga, fría y penosa.

Su interlocutora le sonrió y respondió: - Esperaba hasta que me aceptaras de todo corazón.

Entonces la viejecita abrazó a la muerte.

kmz/02.10.2012